

SOBRE LA AUTENTICIDAD DE "PROTAGORAS" Y "MENON"

EL valor de los diálogos platónicos considerados como documentos historiográficos es restringido. Se ha arribado a tal conclusión luego de haberlos confrontado con los Recuerdos de Jenofonte, quien merece entera fe, pues, como dice Raúl Richter en "Sócrates y los Sofistas", "... podía no decir todo lo que debía de Sócrates, pero lo que dice es exacto y puede servir para avalorar el fondo histórico del Sócrates de Platón" (1).

Ambas aseveraciones son confirmadas por la Apología de Jenofonte, en la que se lee: "... Yo no he tratado de recoger todo lo que se refiere a este gran proceso", y por el capítulo VIII del libro IV de los Recuerdos: "Por lo que a mí se refiere, le he visto tal cual le he pintado".

(1) Se puede aducir en favor de la veracidad de Jenofonte y contra la de Platón que, a pesar de la recíproca rivalidad, visible en muchos hechos, la áspera crítica platónica de la Ciropedia entre ellos, y especialmente notable en el mutuo silenciamiento contrastando con la ineludible frecuencia con que debieron citarse, Jenofonte, al menos, lo mienta una vez —en los Recuerdos, libro III, capítulo VI—, mientras Platón finge ignorarlo en todos sus diálogos; aún en la Apología, asunto de trascendencia histórica: al enumerar Sócrates entre sus conocidos presentes en el trágico juicio aquellos que podían ratificar sus testimonios, calla a Jenofonte, su alumno predilecto. Además, "Idomeneo", informa E. A. Chauvet y A. Saisset, "asegura que no fué Critón —como en el diálogo del mismo nombre supone Platón— sino Esquines quien realmente se ofreció a Sócrates para facilitar la evasión de éste, habiendo atribuido Platón dicha oferta a Critón no más que movido del odio que a Esquines profesaba". Platón, Diálogos Sacráticos I, biblioteca clásica, pág. XVII.

La confrontación demuestra que Platón magnificó la filosofía socrática en los diálogos, por lo cual, según Diógenes Laercio, Sócrates protestó. Pero, hay diferencias entre ambas versiones que no pueden explicarse en una magnificación (2): no sólo deforma la teoría socrática, sino que la desnaturaliza a ella y aún al mismo Sócrates hombre. Es el caso de los diálogos Protágoras y Menón.

El primero de los diálogos tiene por argumento a la virtud: en él Sócrates polemiza con el sofista Protágoras sobre si ella puede enseñarse o no.

Sócrates opina: "Hasta ahora siempre había creído que era cosa que no podía enseñarse..." (3). Y luego afirma: "La virtud no puede ser enseñada" (4).

En Menón el personaje del mismo nombre interroga a Sócrates: "¿Puedes decirme, Sócrates, si la virtud se adquiere por la enseñanza, o si no depende del ejercicio ni de la enseñanza, sino que se encuentra en los hombres por naturaleza, o bien de alguna otra manera?" (5).

A lo que respondió Sócrates: "...Si la virtud es una ciencia, es evidente que puede ser enseñada; y si no, no". Más adelante, concluye: "...por consiguiente, hemos reconocido que ni puede enseñarse ni es ciencia" (6).

Entre este razonamiento y el que Jenofonte atribuye a Sócrates hay completa oposición.

En efecto; dice el historiador en el capítulo IX del libro III de los Recuerdos, refiriéndose a Sócrates: "Aseguraba que la justicia y las demás virtudes no eran sino una ciencia. Las acciones justas y virtuosas —decía—, son buenas y honradas. Cuantos las conocen las prefieren a todo. Si les falta esta ciencia no pueden practicarla; puesto que no se hace nada justo, hermoso, ni

(2) Como se suele hacer, alegando que la genialidad y erudición filosófica del "divino Platón" fueron condiciones incompatibles con la percepción realista.

(3) Platón, Diálogos Socráticos II, biblioteca clásica, pág. 27.

(4) Idem, pág. 29.

(5) Platón, Diálogos Polémicos II, ídem, pág. 235.

(6) Idem, pág. 278.

bueno sino por la virtud, resulta que la justicia y todas las demás virtudes, son una ciencia”.

Esta tergiversación, no lo es sólo de la doctrina de Sócrates, sino, como queda dicho, de su propia vida, pues el retrato que de Sócrates se puede inferir del Protágoras y del Menón no tendría semejanza con el que presentan los Recuerdos, el Banquete y la Apología de Jenofonte; éste lo llamó “reformador moral”, demostrando, al relatar pasajes de la vida de su maestro, que es merecedor del epíteto.

“Veamos ahora —dice Jenofonte— si Sócrates al desviar a sus alumnos de la vanidad, no los lleva a cultivar la virtud” (7).

Platón, al hacer negar a Sócrates, en Protágoras y Menón, que la virtud sea enseñable, le hace negarse a sí mismo. No puede negar la enseñabilidad de la virtud quien sostiene el siguiente diálogo:

Sócrates encuentra a Jenofonte en una calle de Atenas y le interroga:

—“¿Dónde podría comprar las cosas necesarias para la vida?”

—“En el mercado”, responde Jenofonte.

—“¿Y dónde puede aprenderse a ser hombre de bien?”

Jenofonte no sabe qué responder.

—“Pues sígueme y lo aprenderás”, termina Sócrates.

El filósofo no puede sostener la imposibilidad de enseñar la virtud: el principio afirmativo regía su conducta.

No debe argüirse, por lo tanto, que Platón y Jenofonte presentaron al Sócrates que vieron respectivamente, pues ello implicaría que Platón veía a un Sócrates distinto al de Jenofonte, lo cual es inadmisibile: Platón, en el Banquete y en la Apología, describe a Sócrates de acuerdo con la versión de Jenofonte, como un moralizador.

(7) Recuerdos, libro I, cap. VII.

En el Banquete platónico Alcibíades elogia las enseñanzas ejemplarizadoras de la vida y los discursos de Sócrates; y, en la Apología, también platónica, Sócrates se defiende contra Mérito con el relato de su vida dedicada a enseñar la virtud.

Esta improbable contradicción de Platón consigo mismo permite sentar un interrogante sobre la autenticidad de los diálogos Protágoras y Menón.

JAIME BERNSTEIN